

LUIS MARIO SCHNEIDER. *Federico García Lorca y México*. Introducción y selección de textos de Luis Mario Schneider. México: UNAM, Coordinación de Humanidades, 1998.

JOSÉ EDUARDO SERRATO  
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

1998 fue, en el mundo de la cultura hispánica, un año dedicado prácticamente a la memoria de Federico García Lorca. Esta conmemoración dio lugar a un sinnúmero de homenajes, congresos, publicaciones y reediciones. Entre la abundancia de información bibliográfica sobresale la edición corregida y aumentada de la biografía más completa que se haya escrito sobre el poeta, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, de Ian Gibson, cuya consulta es indispensable no sólo para conocer la vida y la obra del poeta sino para esclarecer los vasos comunicantes de la obra de Lorca con otras literaturas y con otros autores. Al respecto, José Emilio Pacheco en reciente ensayo señaló los nexos que Gibson descubrió entre *Poeta en Nueva York*, *Yerma* y *The Waste Land*, de T. S. Eliot.<sup>1</sup>

Otro trabajo que prometía valiosa información sobre la presencia del poeta en Hispanoamérica es el volumen del periodista cubano Ciro Bianchi Ross, *Pasaje a La Habana*.<sup>2</sup> Por desgracia, lo tendencioso del manejo tanto de los datos como de los testimonios hacen que el libro se nos caiga de las manos. Basta citar que el periodista se empeña en demostrar, por medio de las valiosas entrevistas que tan mal emplea, que la versión definitiva de la obra *El público* se terminó de escribir en La Habana, que Federico García Lorca sí visitó Santiago de Cuba —asunto totalmente intrascendente— y que en la capital cubana, según afirma Adolfo Salazar, “Federico se enamoró [...] de cierta mulata que de día posaba en un estu-

<sup>1</sup> Cfr. José Emilio Pacheco, “La traición de T. S. Eliot”, en *Letras Libres*, núm. 1, enero de 1999, pp. 38-44.

<sup>2</sup> Ciro Bianchi Ross, *Pasaje a La Habana*. Autores Cubanos, 2. Barcelona: Puvill Libros, Pablo de la Torre, Ediciones, 1998.

dio de pintura y de noche regenteaba una casa de comidas de segunda categoría. Se desconoce el nombre; nada se sabe de las peripecias de esos amores, platónicos o aristotélicos”. Es decir, no se sabe nada de la supuesta amada pero qué bonito hubiera sido que García Lorca hubiera tenido un amor, sobre todo femenino, que es lo políticamente correcto en la Cuba de hoy, en plena Habana. Anecdóticos como *Pasaje a La Habana* complacen en grado sumo el chovinismo montuno del politburó cubano, pero son un flaco aporte a los estudios lorquianos.

En México, a mediados de 1998, apareció *Federico García Lorca y México*, una de las últimas obras de Luis Mario Schneider (1931-1999), investigador que, desde la publicación de *El estridentismo o una literatura de la estrategia* (1970) y *México y el surrealismo* (1970), ocupa un lugar destacadísimo en la historiografía de la literatura mexicana del siglo xx. Este trabajo documental sobre la presencia en el imaginario cultural mexicano de Federico García Lorca, reúne escritos de diversos autores de diversas épocas. La recopilación comprende desde las primeras referencias de Antonieta Rivas Mercado, quien conoció al poeta en Nueva York en 1929, el homenaje lírico-dramático que Alfonso Reyes escribió con motivo de la muerte del poeta, hasta el balance crítico, que escribió Carlos Monsiváis en 1986, sobre la recepción mexicana de la obra de García Lorca a través de seis décadas.

El libro inicia con una “Traza mexicana”, que el mismo Schneider escribió, en la que comenta con ojos críticos no sólo el material que antologa sino algunas huellas lorquianas que encuentra en Octavio Paz, por ejemplo. Entre las curiosidades del acervo reunido encontramos la “Cantata en la tumba de Federico García Lorca”, de Alfonso Reyes, pieza trágica que se publicó en *Letras de México*, en diciembre de 1937. Esta elegía, excedida en su retórica plañidera, es un poema para cinco voces —el padre, la madre, la hermana, la novia (!) y el guardia de milicianos—, que son apenas unas desleídas intertextualidades del teatro y la poesía lorquianos. En conclusión, el texto vale por su rareza mas no por su poesía; no obstante, es un rescate pertinente de una obra dramática casi olvidada del autor de *Ifigenia cruel*. Podríamos decir que la selección de Schneider es plural en su visión de conjunto, no falta nadie significativo

en la cultura mexicana. Incluso se reproduce el repugnante comentario profranquista que Alfonso Junco publicó en 1939. Además, en el apéndice aparecen las partituras de la musicalización que Silvestre Revueltas, Carlos Chávez, Salvador Moreno y Carlos Jiménez Mabarak hicieron de poemas del autor de *Mariana Pineda*. Se me ocurre, en este comentario del homenaje a Lorca, más que hacer un repaso de cada autor antologado, establecer una red de correspondencias culturales que me sugieren los textos de Reyes, Antonieta Rivas Mercado y Ortiz de Montellano a la luz de lo que tres investigadores, Ian Gibson, James Valender y Rosa García Gutiérrez han descubierto en fecha reciente en torno a la vida y obra de Lorca.

Alfonso Reyes en su “Historia documental de mis libros” y *Las vísperas de España* relata que, en 1921 dirigió, al lado de Juan Ramón Jiménez, la revista *Índice*. En dicho proyecto editorial se publicaron obras de jóvenes poetas españoles como José Bergamín, Dámaso Alonso, Jorge Guillén y Federico García Lorca. Un oscuro colaborador de esta revista es el impresor y pintor Gabriel García Maroto, quien editó y diseñó el *Libro de poemas* del granadino (Madrid, Imprenta Maroto, 1921). A García Maroto lo volvemos a encontrar en 1928 en México trabajando en el diseño de la revista *Contemporáneos*. En ese mismo año este impresor preparó una antología —*Galería de poetas nuevos de México*, digamos que palimpsesto de la de Jorge Cuesta—, que desató en España y en México cierta querrela, casi olvidada, pero en la que puede leerse entre líneas que Lorca está siendo leído, comentado y asimilado por la generación de los Contemporáneos. Resulta, pues, que el escritor español César M. Arconada —del que no queda huella alguna en los anales literarios— al comentar la *Galería de poetas nuevos...* ataca la concepción estética de los autores incluidos por García Maroto. Básicamente, la queja de Arconada era que el tipo de poesía de Villaurrutia, Ortiz de Montellano y Novo no tenía la altura épica de la pintura de Diego Rivera. A lo que Celestino Gorostiza contesta que la poesía épica es por demás anacrónica y que los poetas mexicanos “no podemos imaginar [...] a Jorge Guillén cantando, en apretadas décimas, la dictadura de Primo de Rivera, ni a García Lorca ponien-

do en tradicional metro de romance las hazañas de Martínez Anido”.<sup>3</sup> La querella, que es una mínima defensa de una postura ética y estética de los poetas de la revista mexicana, no prosiguió pero ilustra de manera oblicua el contexto cultural donde Ortiz de Montellano leyó y estudió con atención los romances gitanos de Lorca y donde, sin duda, José Gorostiza descubrió los secretos y la sencillez del ritmo lorquiano que encontramos en sus *Canciones para cantar en las barcas*.

En 1929, reaparece nuestro personaje guía, Gabriel García Maroto, ahora en las tertulias neoyorquinas de Antonieta Rivas Mercado al lado de Federico García Lorca. Como prueba de la gran amistad entre García Maroto y el poeta conviene recordar una carta del poeta a sus padres donde señala que el pintor al recibirlo en Nueva York, junto con Ángel del Río y Federico de Onís, el 25 de junio de 1929 “se volvió loco dándome abrazos y hasta besos”.<sup>4</sup> Antonieta escribió, en octubre del 29, dos cartas al pintor Manuel Rodríguez Lozano, que son las páginas que recoge Schneider, en las que le relata cómo su amigo Maroto le presentó a Federico García Lorca. En la segunda misiva, del 11 de octubre, la Rivas Mercado le confía al pintor mexicano que “voy a hacer la traducción de los dramas de Lorca al inglés, pues estoy procurando que se monten este invierno. Sé que como contribución al teatro moderno es lo más importante que se ha escrito”. Antonieta poco después entraría en una de sus proverbiales depresiones y no iniciaría ninguno de sus planes. Lorca, cuando se encontró con Salvador Novo, en Buenos Aires, en 1933, lamentaría la muerte de la Rivas Mercado maldiciendo al “viejo” de Vasconcelos.

Dos poetas que hicieron amistad entrañable con Federico García Lorca fueron Luis Cardoza y Aragón y Salvador Novo. El primero lo cono-

<sup>3</sup> Sobre la obra mexicana de Gabriel García Maroto remito al lector al artículo de James Valender, “García Maroto y los Contemporáneos”, en *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*. Serie Literatura Mexicana, Cátedra Jaime Torres Bodet. Rafael Olea Franco y Anthony Stanton, editores. México: El Colegio de México, 1994, pp. 417-430.

<sup>4</sup> Carta de Lorca cit. por Ian Gibson en *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca, 1898-1936*. Barcelona: Plaza y Janés, 1998, p. 296.

ció en su estancia en La Habana, en 1930, en donde entablaron una amistad literaria que conjuga juego e irreverencia. Recordemos que planeaban hacer una adaptación al *Music Hall* del Génesis, en el que, según el testimonio recogido por Ciro Bianchi, y ratificado en las memorias de Cardoza, se parodiaría la creación con un Jehová representado por un niño chaplinesco que engendraba al mundo en comunión con el diablo. Fuera de las evocaciones pintorescas de Cardoza, el encuentro en La Habana entre el guatemalteco y García Lorca es significativo por el intercambio de experiencias estéticas entre ambos poetas. Cardoza venía de Europa y tenía el influjo del surrealismo de Breton, las obras y las ideas plásticas de Giorgio di Chirico y la experiencia de haber publicado dos obras vanguardistas en España, *Luna Park* y *Maelstrom*. Por su parte, Lorca experimentaba el episodio más interesante y complejo de su poética: corregía los poemas que conforman el volumen de *Poeta en Nueva York* e iniciaba la redacción de su pieza teatral *El público*. En Cuba, sin duda alguna, Lorca le habría confiado a Cardoza su asombro frente al poema inusitado, *The Waste Land*, que acababa de traducir al español su amigo Ángel Flores. Cardoza le hablaría de las sugerencias poéticas de la pintura metafísica. Tiempo después y gracias al encuentro con García Lorca, el guatemalteco escribió uno de sus más célebres poemas, *Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo*. Algunos años más tarde, en 1940, Cardoza contribuiría decisivamente con José Bergamín para que la editorial Séneca publicara en México *Poeta en Nueva York*.

En el caso de Salvador Novo nos encontramos con el único mexicano que tuvo una estrecha amistad con el español. Luis Mario Schneider reprodujo la crónica que Novo publicó en su libro *Continente vacío (Viaje a Sudamérica)*. Madrid: Espasa-Calpe, 1935) y el prólogo que escribió para la edición del teatro de García Lorca en la editorial Porrúa. La parte íntima de esta amistad la conocemos por las investigaciones que James Valander publicó en 1996<sup>5</sup> y por un artículo de Rosa García Gutiérrez que apareció a finales de 1998 en el número 1 de la revista *Decires* del

<sup>5</sup> James Valander, "Cartas de Salvador Novo a Federico García Lorca", *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 548, febrero de 1996, p. 10.

Centro de Enseñanza para Extranjeros de la UNAM.<sup>6</sup> Novo escribió a Lorca tres cartas, dos en diciembre de 1933, una del 11 y otra del 25, y la última del 3 de enero de 1935. En la primera Novo le pide a Lorca un dibujo para su libro *Seamen Rhymes*, que se imprimiría en Buenos Aires. Para que el lector perciba la confianza que existía entre ambos poetas cito textualmente la petición: “[...] te forzo a prometer un dibujo. ¿Lo harás? Algo así como un marinero, o una verga marina, o el mar o lo que se te dé la chingada gana, pero ya [...]” Lorca cumplió y realizó el dibujo, aunque no con los motivos que le demandaba Novo. El 25 de diciembre del 33, Salvador escribe de nuevo a Lorca y le recuerda que ha prometido visitar México “La casa de mi madre es amplia —escribe Novo— y tranquila y tuya; la casa de Adela es pequeña y tormentosa y tuya: tú elegirás en cuál vivir”. En esta carta el poeta mexicano hace un juego de alusiones secretas al romance de “Angelillo y Adela” que Novo alude en su crónica. En rigor, podemos interpretar que el tal Angelillo del romance se refiere al joven torero andaluz que el mexicano ayudó en Buenos Aires, pero las cartas nos dan otra interpretación. El héroe, Angelillo, representa a Lorca y la heroína del corrido mexicano —la que, según Novo, sirvió en su casa de Torreón antes de fugarse con un revolucionario— sería el *alter ego* del mexicano. Cito algunos fragmentos del poema: “Porque la Virgen lo quiso, / Adela y Ángel se encuentran / en la ciudad de Plata / para sus almas desiertas [...] Ya nunca podrá Angelillo / salir del alma de Adela”. A tal grado a Novo le gustaba jugar con las referencias de Angelillo y Adela que su última carta, ya no tan juguetona y sí angustiada, está firmada por “atribuladela”. Este romance y las tres cartas nos revelan la confianza e intimidad de la amistad de los dos poetas. Cabe añadir que en la última carta, Salvador Novo, apesadumbrado por el giro izquierdista del régimen de Lázaro Cárdenas, le confía a Lorca su deseo de emigrar a Madrid pues “[...] México [...] ha caído en las peores horribles manos”. No sabemos si el poeta español contestó a Novo, de hacerlo tal vez le

<sup>6</sup> Cfr. “Los dibujos de García Lorca para *Seamen Rhymes* de Salvador Novo: una simbología compartida”, en *Decires*, vol. 1, núm. 1, Primer Semestre, 1998, pp. 80-91.

advertiría que no podría ayudarlo. Lo más seguro es que Lorca pensara que en su amistad con el mexicano empezaban a surgir diferencias ideológicas importantes. De cualquier manera, Salvador Novo se quedó en México y se convirtió en el crítico más acerbo del cardenismo. El poeta granadino se quedaría a morir en España.

En la sección "Reportajes, artículos y ensayos", se reproducen las evocaciones de Pedro de Alba y Eduardo Luquín sobre Lorca. Son textos urgentes, pero emotivos, pues todos ellos habían visitado al poeta poco antes de su fatídico regreso a Granada. Lo que me parece más relevante de los reportajes y artículos escritos en los años treinta, es la reseña teatral, "Federcio García Lorca-Margarita Xirgu-Rivas Cherif", que Julio Bracho escribió en 1936 con motivo de la puesta en escena de *Yerma*. Montaje en el que la gran difusora del teatro lorquiano en México, la actriz Margarita Xirgu, demostró que Lorca era un gran dramaturgo. El cineasta subraya en su artículo que los alcances innovadores de los dramas del poeta reanimarían el anquilosado teatro mexicano de los años treinta.

El ensayo con que se cierra esta sección es "García Lorca y México", que Carlos Monsiváis publicó en 1986 y en el que se establecen cinco puntos muy sugerentes para estudiar la presencia e interpretación de la obra del autor de *Bodas de sangre* en la cultura mexicana. Subrayo tres. El primero de ellos se refiere al primer acercamiento que el mundo intelectual mexicano hizo de la poesía de García Lorca, en el que se le consideró como el poeta del cante jondo y de las gitanerías, y que produjo en la poesía nacional una secuela de romances pseudo gitanos que ejemplifica muy bien "El corrido de Domingo Arena", de Miguel N. Lira. El segundo punto es un tópico muy sugerente para la historiografía de la poesía mexicana de los años treinta y cuarenta, pues se señala que la poesía de Lorca contribuyó a "redescubrir la poesía popular a través de Gil Vicente y de Góngora". Ciertamente, con el romancero gongorista de Lorca se redescubre no sólo la poesía popular sino también la poesía de autores barrocos esenciales, como Sor Juana Inés de la Cruz. Buen ejemplo de ello es la antología que Xavier Villaurrutia hizo de los versos de la poeta. El último punto tiene que ver con un cierto olvido o rechazo al García

Lorca más complejo, al de *Poeta en Nueva York*. Esta aseveración es debatable y en gran medida contradictoria si se releen *Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo*, de Cardoza y Aragón y *El regreso del poeta en Nueva York*, de Hugo Gutiérrez Vega.

Los textos de *Federico García Lorca y México* son un testimonio de cómo el autor de *Yerma* ha estado vigente tanto en la poesía como en el teatro mexicanos, desde los años treinta hasta la fecha, y cuya presencia ha sido cambiante y en muchas ocasiones mal interpretada. José Emilio Pacheco en el Inventario "García Lorca en México",<sup>7</sup> juega con las posibilidades de la historia que se hubiera escrito de haber sido Federico García Lorca un exiliado en México como León Felipe o Luis Cernuda. Pacheco imagina que Lorca, después de un momento de gloria, tal vez habría dirigido un hipotético y vanguardista Teatro Popular Universitario y al andar el tiempo la gente lo habría olvidado hasta que se le recordara póstumamente en su centenario.

No quiero dejar de señalar que es lamentable, que al editor se le hayan ido varias erratas importantes. Una de ellas, en la reproducción del ensayo de Monsiváis, en donde se lee una cita que pudiera interpretarse como si García Lorca le hubiera confiado a Salvador Novo que visitó México cuando el granadino era un niño. Descuido imperdonable pues el texto correcto aparece en la página 167 de la misma edición. También encontramos que en la página 152, en un texto de Cardoza, se lee "la *novela* de la edición Lumen" por "la *novedad* de la edición de Lumen", errata que cambia por completo el sentido del texto. En siguientes ediciones estos errores tendrán que ser enmendados. Pero la mayor objeción que se le puede encontrar al volumen está en su aporte bibliohemerográfico, en el que no se separó el oro viejo de la paja nueva. Por ejemplo, se incluyen cincuenta y seis referencias hemerográficas anónimas y se incluyen las fichas de lo publicado por Noemí Atamoros y Jacobo Zabłudovsky, material evidentemente prescindible.

<sup>7</sup> José Emilio Pacheco, "García Lorca en México", en *Proceso*, núm. 1127, 7 de junio de 1998, pp. 60-61.



Si al libro de Luis Mario Schneider tuviéramos que actualizarlo con lo hecho sobre y con la obra de García Lorca en 1998 y 1999 tendríamos que agregar el teatro de Fernando del Paso, *La muerte se fue a Granada* y la puesta en escena de *El maleficio de la mariposa* y *Las bicicletas de Buster Keaton*, ambas a cargo de José Ramón Enríquez. Estas contribuciones ratifican las palabras de Carlos Monsiváis: "Lorca es en nuestra cultura demasiadas cosas. En el sentido popular es la síntesis trágica de la España republicana, y es el poeta y dramaturgo español más conocido y admirado. Durante muchos años fue deslumbramiento y moda. Hoy es deslumbramiento y perdurabilidad".